

## Repaso del sabio Caldas

Escribe: JAIME PAREDES PARDO

En Popayán aún se conserva la casa donde nació el sabio Francisco José de Caldas. Está situada en la esquina de la carrera 5a. con la calle 3a., en pleno barrio de la Pamba. Es una construcción robusta de líneas austeras y como especialidad única cuenta con un patio en cuyo centro se levanta un observatorio astronómico, obra del propio Caldas cuando estaba joven. Varios instrumentos que le fueron útiles fabricó para el observatorio, desde donde podía seguir el giro de los astros. Antes cuando era apenas un niño, su madre tenía que reprenderlo con alguna frecuencia porque tardaba demasiado en el estudio de los libros. Caldas era enfermizo y con frecuencia se quejaba de un pésimo sueño que no dejaba de preocupar a los padres. El pelo lo tenía recortado casi al rape y era, como lo describen sus biógrafos, de temperamento al extremo nervioso. Raras veces abandonaba un bastoncillo de mimbre.

Conocí una pintura de la madre, de doña Vicenta. Apenas acaba de ser una niña. Se cubre el rostro con una mantilla blanca, y sobre la frente, prendida con despreocupación tiene una flor, una rosa. Ese rostro le pertenece a la castidad.

Tía de doña Vicenta fue María Asunción Tenorio, dama bastante extravagante y vanidosa. Se había inventado una salve para sus súplicas al cielo: "Dios te salve María, prima y señora mía".

Años más tarde, cuando se enteró de que la orden del fusilamiento del sabio salió del escritorio de Sámano, entre soldados y guardianes se presentó a cobrarle cuentas y antes de toda discusión le propinó un tremendo gaznatón. Manos blancas no ofenden, fue la respuesta del español.

Las primeras letras las estudia en la casa. Es de suponer que cuente con la ayuda de sus tías y de otros personajes que fueron entonces de gran importancia, las criadas viejas. Son catorce hijos. Cada libro, cada cuaderno, pasó diez y más veces por las manos de los chiquillos.

Francisco José muestra excepcionales condiciones para el estudio. Es realmente el genio que se revela muy temprano. Las matemáticas que resultan difíciles para la mayoría de los niños, para Caldas es lo fácil y es lo placentero. Todo lo relaciona entre sí. Como si las figuras, el rombo, el triángulo, la esfera, todo aquel material se encargara de hablarle, de hacerse entender, de revelar un mundo único e inmenso.

Conocí la casa que fue de su pariente y grande amigo, don Santiago Arroyo. En la calle de El Carmen. La mantenían con un lujo que recordaba hermosísimos tiempos. Pero en la sala, en puesto de privilegio, donde se conservaba una carta de Caldas, brevísima y hermosísima, dirigida a Santiago y en la cual trataba de explicarle las razones por las cuales no le hubiera dado respuesta a otra carta. Esto nada más: "Pero qué puede un hombre que vive con la cabeza llena de estrellas, de ángulos y de alturas". Esa frase, como ninguna otra de cuantas he leído de Caldas, me ha revelado tan brillantemente un genio.

De los estudios y tareas en la casa, Caldas pasa al seminario de San Francisco en Popayán. Es un colegio famoso, sobre todo por la presencia del maestro antioqueño José Félix de Restrepo. Bien podía don José Félix figurar como precursor de la independencia al lado del propio Nariño. Cito dos hechos. El primero su insurgencia contra la escolástica que por entonces estaba envenenando el ambiente. La segunda, su hermoso discurso contra la esclavitud en el Congreso de Cúcuta. Bolívar, por desdicha, no le dió mayor importancia. Se piensa que entre la causa de los esclavos negros y la causa de los terratenientes blancos, Bolívar escogió la segunda. Los terratenientes también contribuyeron a la independencia: algo había que reconocerles; dejarles los esclavos.

Volviendo a la historia del sabio, lo evidente es que no quería estudiar leyes. Pero no había tampoco cómo rebelarse al padre, a don José.

Don José tenía unas tierras que había heredado de la familia de su esposa. Pero estaban en litigio, y el pleito debía ven-

tilarse en Quito. Don José no era propiamente una potencia. El hambre le hacía sus jugarretas al padre. Catorce hijos es algo respetable. El necesitaba ganar ese pleito, esto era cierto, tan cierto como que el único abogado en la familia sería Francisco José, si don José lograba convencerlo de la importancia del derecho.

El Seminario de San Francisco es un colegio bastante abierto. Don José Félix de Restrepo es hombre de ideas bastante libres. En todo caso no le gustan las generaciones encadenadas por los dogmas, como estaba ocurriendo con la escolástica. Al abrir estas ventanas cambiaba el panorama de la juventud y la acercaba a caminos inesperados, entre los cuales podía estar, nada de raro, la libertad. Este es un examen que falta por hacer. Descubrir exactamente cuándo Caldas se decide por la libertad, en oposición a las ideas de los suyos, en especial de la familia Tenorio que es profundamente realista.

Quizás entre sus compañeros de generación pudieron existir conciencias nuevas, conciencias liberadas. Aunque era muy difícil contrariar aquel sentimiento de sumisión que inspiraba España, mezcla de respeto y de miedo al soberano. Y al rey a la iglesia que lo representaba en todo y para todo.

Es difícil y aún es necesario tratar de saber hasta donde llegaron los conocimientos de Caldas. Su sed de conocimiento no tenía límite. En cambio carecía de todo. En varias cartas confiesa la pobreza de elementos que le tocaron en vida. Se considera un desdichado. Un solo libro que caiga a sus manos ya es una fortuna.

Con frecuencia se encuentran en su vida grandes coincidencias. Descubrimientos que otro sabio, en otro país había hallado primero. En la ciencia es harto común este caso. No hay entonces por qué asombrarse en el caso de Caldas. Comprueba hasta donde llegó su extraordinaria curiosidad con otros elementos, con otros profesores, con otros medios, su vida hubiera sido diferente y su nombre, sin lugar a ninguna duda, le hubiera pertenecido a la humanidad. Ahí están como testimonios la admiración de Humboldt, cuando lo conoce en Quito y aun cuando se separan bastante distanciados.

Leerlo hoy día es disfrutar de un verdadero deleite. Es claro, es inspirado, es sagaz, es penetrante. Quizás no haya

habido en Colombia un escritor más completo, y con la circunstancia de que nunca se propuso ser un escritor, como se lo propuso Caro o Suárez, por ejemplo. Nadie tampoco cantó como Caldas la naturaleza. Con tan pura música.

En algunas páginas sobresale un don profético excepcional, inspirado en el amor a la patria. Recuerdo alguna página que se refiere a la situación geográfica de Colombia y luego a la facilidad para repartir a todos los sitios de la tierra la abundancia de sus frutos. En estas páginas es un descubridor en el sentido real de la palabra. Lo mismo ocurre con otra que dedica al istmo de Panamá. Nadie tuvo su visión. Era realmente un profeta con un hermoso fondo poético. No en vano busca la naturaleza, la sigue, la contempla. En su temporada en el Ecuador, cuando estuvo en Selva Negra y ascendió a varias montañas, inclusive que estuvo perdido en una cima en compañía del indiecito Chucin. Pocas páginas se pueden escribir tan hermosas, tan vivas. Es un iluminado. Debía ser obligatoria en Colombia la lectura de estos capítulos. No es sólo su parte científica, que es inmensa. Es por su buen gusto, porque se trata de un derroche del buen idioma. El más puro, el más gozoso, el más elocuente y vivaz castellano. Todos los colores del cielo, del mar y de la tierra. El color de la vida lo va dejando Caldas como si se tratara de una pintura. Leyéndolos, es una de las mejores lecciones de historia patria que podemos proporcionarnos. A veces nos olvidamos del idioma, del Castellano; y en el sabio Caldas está todo, y está radiante. Deslumbra.

En 1793 recibe el grado de doctor en leyes en el Colegio de El Rosario. Decide entonces regresar a Popayán, su tierra natal. A poco de regresar le ofrecieron una cátedra de derecho en el Colegio Mayor de Popayán. Es feliz. Su debut ante los alumnos es una brillantísima demostración de talentos y conocimientos. Se cuenta que con peligrosa frecuencia la aurora lo sorprende preparando la clase. Enferma. No hay quien lo convenza de la necesidad de proceder con cautela. El doctor Mariano le prohíbe por completo las lecturas y los libros. La desolación es infinita. Se dedica con extremada pasión a encargar libros a sus amigos de Bogotá. Es como un consuelo supremo para su desdicha suprema. Sólo la sepultura será capaz de agotar su inclinación a la lectura. Qué dolorosa será esta determinación. Ni siquiera la lectura. Entonces tenía 24 años.

Durante estas semanas que debieron ser tremendas, escribe algunas cartas que merecen mencionarse. . . . . “Me acuerdo que en la tienda en que vendían los libros de Ricaurte había una colección de viajes de mar. Carpe en muchos tomos; . . . si aún existe estimo que me lo diga porque tengo el ánimo de que venga. No olvide mi encargo de mi ejemplar del Buffon. Es increíble que no haya podido leer de este naturalista más que once tomos traducidos”. Es como un suplicio; el hombre que no puede leer buscando libros por todas partes. Cuando se reveló en la infancia, cuando la madre tenía que apagarle la vela para evitar que se consumiera en los estudios, lo está pagando ahora y de que manera tan cruel.

La familia de Caldas pasaba por una terrible pobreza. Son catorce hijos por educar y sostener. Francisco José el más dotado de todos no puede continuar los estudios. Ni siquiera leer un libro. Siente pena y vergüenza con los suyos. Entonces decide trabajar. Comprar y vender ropas. Es una ocupación que supone dejar de lado todas las consideraciones y vergüenzas. Salir al camino. Buscar en Quito las mercancías y viajar a los pueblos que suben hasta el Huila. Este oficio tiene un nombre en el diccionario: buhonero. Consiste en comprar para revender, y se ejerce en los pueblos, los días de feria. La clientela es aldeana, y los negocios son abundantes, en especial en tiempos de cosechas.

En una de sus primeras salidas, al pasar por el río Páez, en Tierradentro, la mulilla no pudo con la carga y rodó a las violentas aguas. Lo perdió todo. Sin embargo, ocho días después salía con una nueva remesa de productos. El término era Popayán donde visitaba su familia y algo, aunque muy poco, podía llevarle de sus ganancias.

Pero no era tiempo perdido. Caldas aprovechaba los viajes para dedicarse a la geografía. Perfiles de montañas, los ríos, las costumbres de las gentes, en fin, cuanto le era dado. Esta fue la primera patria que conoció. Aquella prendida a sus campos y a sus caminos, metida en su pobreza, sin mayores esperanzas, sumisa y sometida.

Era el pueblo, la población que formaba el Virreinato de la Nueva Granada, dependencia de España que la había conquistado a viva fuerza tres siglos antes y la mantenía como una colonia. Precisamente acababa de pasar un largo tiempo de

insurgencia, conocido con el nombre de la Revolución de los Comuneros. La gente del Común que se levantó contra las autoridades locales por causas de los impuestos y las contribuciones. España pasaba por una peligrosa crisis económica y pretendía a fuerza de tributos levantar las armas y los ejércitos que necesitaba para contener la avalancha de las potencias que ya estaban cansadas de su predominio. Su política de los últimos tiempos había sido errática. El oro, la plata, en fin, la minería que colmó sus arcas y le dió un prestigio universal como nación poderosa, todo a la postre le fue arrebatado por países rivales, especialmente por Inglaterra que salió a buscarla y perseguirla a la mar, en las más sangrientas batallas de navío a navío. A la postre España se llevó la peor parte.

España, en cambio, se dedica y no tiene par como fundadora. Las ciudades, los templos, las obras de ornato que construye son sencillamente maravillosas. Parte, y gran parte, de sus recursos los invierte en el culto religioso.

Para mayor gloria de Dios, es la frase, es la enseña que desde el principio de la conquista España difunde por América. Todo tiene un fin en Dios. Todo lo busca, todo lo honra. Hay dos vidas. La vida de este mundo y la vida que se vivirá en la otra vida. La importante es la segunda. Todos los sacrificios, todas las privaciones se justifican cuando el fin es la vida que vendrá después de la muerte. Las colonias españolas son eminentemente católicas. Y el cielo y el infierno existen en la tabla de las realidades. Ese pueblo que Caldas se encuentra en los campos, en los caminos, en las aldeas, está dividido en varias categorías.

En la cima, arriba, están los peninsulares. La sangre azul, los nobles que gozan de privilegios especiales. Abajo el pueblo, los desheredados de fortuna, los nadie. Aparte de que en toda esa masa se debe considerar otra diferencia más. La división por razas, que es también una división por continentes. Es difícil de conciliar. El color de la piel, el pigmento, se torna en un severísimo factor de división. El blanco que nunca se reconcilia con el negro, y a la inversa. En nuestro territorio, en Colombia, tuvimos todas las razas. El negocio de la minería, tanto el oro de socavón como el oro que se lava en las arenas de los ríos, se le dejó a los negros que se trajeron del Africa, en el más desdichado comercio. La libertad alcanzada en las

guerras de la emancipación no fue para los negros. Ni siquiera Bolívar fue capaz de implantarla. La dejó pasar. Hubo que esperar a José Hilario López, el Presidente López, para que los esclavos tuvieran la libertad. Fue el acto humano más importante del siglo pasado. Entre otras cosas, diez años antes de Lincoln. Los partidos políticos, el liberal y el conservador, se aislaron del problema. Nada le deben los esclavos. Y menos a los benefactores de los pueblos, a la Iglesia Católica que, por el contrario, se inclinó siempre en favor de la esclavitud. Quizás con la excepción del cura Claver. Su benefactor y su santo que para hacerlo tenía que obrar a espaldas de su comunidad.

No imaginaba el buhonero Francisco José de Caldas que andando el tiempo dedicaría su vida a la causa de aquellos seres anónimos. Llegaría hasta el sacrificio. La muerte cuando cae frente al pelotón de fusilamiento.

Pero ahora andamos por la juventud. Caldas anda en 24 años y ha tenido que dejar por completo los estudios. Está enfermo. Es un enfermo que debe dejar toda lectura. Recuérdese que de niño la madre tenía que levantarse y apagarle la vela para no siguiera más tiempo dedicado a la lectura. Fue un niño sin juegos, un niño sin esparcimiento. La lectura lo devoraba.

Caldas no resiste el ocio. Además, por aquellos días su familia pasa terribles pobreza. Caldas desea trabajar. Necesita trabajar, y entonces consigue el más humilde de los trabajos: tratante de ropas en los pueblos del sur. Buhonero. La ciudad de Quito es por aquel tiempo una ciudad populosa y rica. Caldas la escoge como centro de sus negocios. De su comercio de géneros, vestidos, ropas, baratijas, que vende al detal por todos los pueblos que suben hasta Popayán y Neiva. Por cierto que la primera vez que salió hacia el Huila con una recua de mulas, por descuido del arriero uno de los bichos rodó hacia el río Páez que bajaba impetuoso. Se perdió el animalito y las mercancías. Las pérdidas las calculó Caldas en tres mil pesos.

A su amigo Santiago Arroyo le comenta en estos términos la feria de Timaná: "La feria se hace los domingos y días de fiesta, y el resto de la semana se está en calma hasta el domingo siguiente. Para llenar esos días vacíos de negocios y separado de las conversaciones de los ciudadanos, me ha llamado la naturaleza: ella me encanta, me arrebatata". El buhonero está en el camino del sabio.

Pero hay noticias graves y grandes. En los pueblos por donde pasa Caldas con su mercancía, se habla de revuelta. Se dice que varios granadinos han sido llevados presos a Cartagena. Entre ellos don Antonio Nariño. Don Antonio tradujo y dió a la publicidad los "derechos del hombre", la doctrina que salió de la Revolución Francesa. Con don Camilo Torres son los hombres más importantes, ante todo ideólogos. Nariño ha ocupado cargos importantes, entre otros el de la Alcaldía de Santa Fe. Es persuasivo, es brillante. Se le persigue sin piedad. La cárcel llegó a ser su residencia habitual. Pero qué decir en abono de don Antonio que le gustaba la pelea. Con la pluma era terrible, demoledor. Sacaba sangre con sus panfletos. Ningún otro que padeciera tanto. Hay que leer las páginas que le dedica don Tomás Rueda Vargas. Llegan a la difícil nota de lo sublime. Torres es de parecido calibre. Es suyo el memorial de agravios. Esta página la hubiera firmado América entera como la carta de su independencia. Ese es su tamaño. Su magnitud. Todavía tardará algún tiempo el estallido de la insurgencia. Pero ya sube el grito de rebeldía. Vendrán días terribles, días de la sangre. Los días de don Pablo Morillo. Y al frente Simón Bolívar.

Pero sigamos la historia de Francisco José de Caldas. Ya habíamos dicho que don Lino de Pombo, el padre del poeta Rafael Pombo, nos parece el mejor de sus biógrafos. Don Lino es todo un señor escritor y por las páginas que le dedica a Caldas se comprende que lo admira de verdad. Don Lino nos cuenta que la famosa aventura del buhonero terminó en el más deplorable fracaso. Era lo previsible. Caldas no tenía ningún sentido de los negocios, y después de andar largos viajes con su recua de mulas y sus mercaderías, buscando compradores y, desde luego, utilidades que le permitan brindar algún alivio a su familia, todo termina en el más lamentable fracaso, en la quiebra completa, al extremo de que no le queda otra alternativa que abandonar los viajes y refugiarse en Popayán, en su casa, donde la pobreza ha llegado a grados extremos.

Caldas no habrá de resignarse. Entonces tiente el más audaz de los caminos, el de inventor y fabricante para proporcionarse los elementos que juzga más indispensables para sus investigaciones en el campo de la astronomía, la ciencia que lo atrae con fuerza irresistible. Los médicos por defender su salud lo separaron de los libros, y la necesidad lo lanzó a los oscuros

caminos de los buhoneros. Ahora está dedicado a las estrellas: ¿Intentarán los médicos prohibirle la astronomía?

Se ha conseguido tres amigos, tres "maestros" como se les llama en Popayán a esta suerte de artesanos. Herrero, Platero, carpintero. Son inseparables. Cuando llega la tarde, se reúnen en la casa de Caldas. Caldas ha trabajado el día entero ideando los aparatos que necesita, y sus tres amigos están listos para complacerlo. Recuérdese que semanas anteriores instaló en el patio de su casa una torre, el observatorio astronómico.

En diciembre de 1798 le escribe a don Santiago Arroyo: "Actualmente me preparo a observar diez y seis eclipses de los satélites que hay en Júpiter, calculados para el meridiano del Observatorio Real de Cádiz. Lo que me había impedido observar estos eclipses era la falta de un buen telescopio casi vencido a fuerza de trabajo, de combinaciones del estudio de catóptrica. He llegado a formar uno con que veo con tanta perfección el anillo de Saturno, los satélites de Júpiter...".

No se explica la rivalidad que surgió entre la Corona española y la Orden de Jesús, al extremo de que la Corona, apelando a sus mayores poderes, terminó por expulsar a los jesuitas de todo el territorio de su pertenencia. El hecho conmocionó a la totalidad del reino. Y no podía ser para menos. La orden que fundara Ignacio de Loyola poco a poco se apodera del reino. En primer término desde un principio se convierte en una de las grandes profesiones de España. Sólo comparable al campo que abría una espada en manos de los conquistadores. En España los jóvenes, sobre todo los nacidos en la provincia, se pelean la entrada a la orden con una codicia sin nombre. Sencillamente porque es el mejor seguro que puede recibir su futuro.

Es una orden de gente selecta. En las ciencias, en la política, en los negocios, en las artes, sobresalen por su talento y, desde luego, su codicia. Pronto muy pronto el mundo entero comenzará a poblarse de jesuitas. Además de su capacidad para el estudio, los jesuitas son unos insignes trabajadores. Entienden que sólo su garra les asegurará el sustento. Más que el Estado, más que el imperio. Levantan colegios y casas de enseñanza por todas partes. Por supuesto que nada en su organización es gratis. Todo debe producir dinero. Es una condición de la orden. En el púlpito predicán la pobreza y el renunciamiento, pero en la realidad libran grandes batallas por atesorar

dinero. En Colombia, lo citamos como ejemplo, sembrados en los Llanos Orientales grandes plantaciones de cacao. El azúcar, el café, la agricultura, no lo dejaron nunca. Eran dueños de haciendas y extensas ganaderías, de minas, en fin de cuanto constituye una reserva. Llegó el momento en que el poder receló de los padrecitos. Entonces se produjo la expulsión. No era posible solución distinta, ni términos medios.

Desde luego que se produjo, como era apenas natural, un inmenso deterioro en el imperio. La educación pública vió cerrarse infinidad de casas y de colegios. La vida de los pueblos y las aldeas que bien o mal recibían un aliento civilizador de los curitas, se acercaron a una crisis imposible de ocultar, lo que consistió especialmente en una especie de asfixia del progreso, con la circunstancia de que se produjo un enorme vacío en la vida del Virreinato. El imperio no encontraba manera de suplir la falta, de llenar el vacío para entonar y halagar a los pueblos.

Al fin aparece una idea. Es la Expedición Botánica. Con razón se le ha llamado el verdadero descubrimiento de América. Los pueblos la reciben con pasión. La gente joven que buscaba campo para sus mentes, encuentra en la expedición una causa sana, apasionante, que le hace olvidar la orfandad en que la dejó la expulsión de los jesuitas, como también la traición a los comuneros. Caldas es el hombre más feliz de la tierra.

Le correspondió al virrey Pedro Messia de la Cerda la orden real que dispuso la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles de ultramar. En 1767 salen los jesuitas residentes en la Nueva Granada. Fue una orden sin atenuantes.

Le corresponderá al Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, quien a base de artimañas liquida la rebelión de los comuneros. En Zipaquirá se firmaron las famosas capitulaciones ideadas por el arzobispo como arma para vencer a los comuneros. Pudo más la astucia de Caballero, sus apelaciones a la oración, que la fuerza de las armas. Este hecho le dió a Caballero un crédito inmenso en España, lo cual explica que se le facilitara todo para organizar la expedición que fue ideada como un sustituto de los jesuitas y que, además, tenía la ventaja de entusiasmar y atraer a las gentes jóvenes del Virreinato. Las llamaba a la acción, mostrar sus talentos y hacer gala de sus capacidades.

El primer acierto lo consiguió con el nombramiento de su director, el doctor Mutis. Había llegado al Virreinato como mé-

dico personal. Era hombre de talentos extraordinarios. Había nacido en Cádiz, de familias nobles. En Santa Fe decidió estudiar medicina. En la cátedra fue notable por su firmeza para oponerse a la cátedra de los dominicanos que enseñaban las teorías escolásticas del Angélico Doctor. En su concepto estas prédicas constituían una carga para la juventud, en el sentido de cegar sus inteligencias. Esta firmeza del doctor Mutis en enseñar la nueva filosofía le atrajo las nuevas generaciones y términos que era admirado como un maestro, como todo un líder. Don José Félix de Restrepo, el ilustrado maestro antioqueño que fue profesor de Caldas en el Real Colegio de San Francisco, calificaba a la escolástica “como enemiga mortal de todas las ciencias y de la misma verdad”.

A todas estas virtudes de lucidez del doctor Mutis se debe agregar su buen ánimo con los jóvenes, la actitud acogedora, como lo demostró con largueza todo el tiempo que guardó amistad con Caldas.

Algo extraño le pasa a Francisco José porque no se le ha vuelto a ver en los lugares habituales donde se le encontraba en la diminuta Popayán. Sobre todo en casa de sus primos los Arroyos, los Arboleda. Caldas era un estupendo conversador y, por lo tanto, un gran contertulio.

Algunas personas contaban que lo habían visto subir al cerro de la Eme, encima de Popayán. Otros le alargaban el paseo hasta la finca de Paispamba, en los flancos de la cordillera Central. En todo caso existía curiosidad por saber de sus actividades, y con mayor razón cuando en los últimos días se le notaba tan caviloso y pensativo.

Al fin la noticia. En carta a Santiago Arroyo le dice: “...Estamos en vísperas de un descubrimiento que hará honor a mi país. Este capítulo es reservadísimo y tanto más cuanto se acercan Humboldt y Bonpland, capaces de penetrar mis ideas si no somos cautos. Oiga el fruto de mis horas de meditación.

“He hallado, amigo querido, el medio de hallar la altura de todos los lugares con sólo el termómetro y con tal grado de precisión que no difiere de las indicaciones del barómetro ni en media línea...”. Esta carta que comprende todos los detalles e indicaciones de su descubrimiento fue escrita en Popayán en mayo de 1801. Al final de la misiva una frase muy de Caldas:

“Partiremos la gloria”. No se puede desconocer que este papel guarda un tinte de ingenuidad, en especial por la preocupación de que Humboldt y Bonpland pudieran enterarse. Peligroso que le robaran su descubrimiento. Sería arrebatarse la gloria. Así lo pensó Caldas.

Años después supo Caldas que Humboldt conocía la fórmula y el método. Exactamente el mismo que descubriera Caldas por vía de deducción, lo cual es bastante común en las ciencias. Las famosas coincidencias. Caldas no ha engañado a nadie, ni ha perdido nada como investigador y científico. Es la verdad escueta, la verdad pura. Tampoco Humboldt trató de reclamar para sí o para otros científicos la originalidad de la fórmula.

En la estatua del sabio que está en la plaza mayor de Popayán, esculpido en el pedestal aparece un matraz para hacer referencia a la fórmula de hallar las alturas. El propio Caldas la utilizó muchas veces en sus correrías y quedó en sus memorias. Este descubrimiento es uno de los capítulos más hermosos de su vida y así, como un título de honor y de gloria para el payanés se le debe considerar.

Coinciden varios hechos. Caldas debe viajar a Quito, a presentarse ante los tribunales para averiguar por el famoso pleito de tierras, en el cual está comprometido, nada menos que el patrimonio de su familia. Se recuerda que estas tierras las heredaron de los Tenorios por mediación de Vicenta, la esposa de don José Caldas y Gamba. En los mismos días, y esta es la coincidencia, nada menos que el Barón de Humboldt viaja hacia Quito, en compañía de otro científico notable Aimé Bonpland. Pero antes de seguir adelante mencionaremos de manera brevísima la amistad de Caldas y el director de la Expedición Botánica, el señor Mutis. Los relacionaron terceras personas. En 1801 Caldas le escribe la primera carta:

“...Mi padre tierno. Este será el tratamiento con que me honre toda mi vida y este el que daré a usted mientras viva. Ah sería un monstruo de ingratitud si obrase de otra manera”.

Y otra carta, en la segunda, otra jalea de adulaciones: “...si hallo una nueva estrella que no pertenezca a alguna constelación le pondré por nombre: ...El Corazón de Mutis”.

Estando en Ibarra recibe noticias veraces de que el Barón de Humboldt viaja a Popayán para seguir de inmediato hacia

Quito. La emoción es inmensa. Resuelve salir a encontrarlo. Sus impresiones las deja consignadas en varias cartas que juzgo oportuno reproducir para el goce de los lectores, sencillamente porque se trata de Humboldt, el personaje, que quizás, más influyó en su vida. En carta a Santiago Arroyo escribe: "...Seguiré a este sabio hasta el Polo Norte, si fuere necesario..."

Y en otra carta, también a Santiago Arroyo: "...Me transporté a Ibarra, como anuncié a usted por antelar el momento de conocerlo; salí algún trecho y lo hallé el 31 de diciembre de 1801, a las once del día. Yo fui el primero que me le presenté, y sin detenerse un instante me preguntó: ¿Usted es el señor Caldas?... Que noticias tan exactas trae de mi y de mis cosas... La lluvia de elogios continúa. Caldas recoge una por una todas las palabras del prusiano. Su estado en estos días es de dicha. Y otro párrafo: "...había triunfado. Un hombre, un adolescente sin medios ni recursos, y en una parroquia que no pasaba de los diez mil habitantes, merecía los mayores elogios, nada menos que del Barón de Humboldt, el más renombrado entre los sabios de su tiempo.....".

Caldas es profundamente tímido. Cuando el Barón lo elogia se ruboriza como un angelito, lo cual era hartó frecuente en las tertulias que mantenía con las gentes notables de Quito. Alguna vez le dijo una frase que colmó a Caldas, y se la dijo de manera que los contertulios la oyeran: "...Quiero que lo conozca todo el mundo...". Fue el sumo. Caldas callaba un instante, recibía los elogios con humildad, mejor con discreción, pero no quería que se perdiera una sola palabra. Realmente eran consagratorias. Cuando ya se quedaba solo, se dedicaba a consignarlas en las cartas a sus amigos. Por aquellos días escribió centenares de cartas. A su pariente don Antonio Arboleda le comenta en otra ocasión memorable: "...Estoy ya inmortalizado por la pluma de Humboldt". La vida al final lo ha compensado de todos sus trabajos y sacrificios que, por cierto, no han sido pocos.

Desde cuando conoció al Barón en Ibarra y se enteró de su viaje, la vuelta que pensaba dar por el mundo, surge en Caldas la obsesión del viaje. Seguirlo por todas partes. Nada sería más conveniente para su vida y, sobre todo, para su servicio a la patria, pues cuanto aprendiera de hombre tan notable lo transmitiría a las generaciones jóvenes. ¿No era una idea estupenda?

Pero el dinero, ¿de dónde saldría el dinero para el viaje? No sabía cuánto, pero no sería poco. Y comenzó a cavilar. En su familia no había recursos. Sus amigos eran pobres. En fin, todos los caminos los encontraba cerrados. La primera, la siguiente etapa incluía a México. Después el regreso a Europa.

Vivía momentos de desesperación. Sería el colmo que por falta de recursos él y la patria se privaran de semejante oportunidad. Y resolvió acudir a Mutis. Escribirle. La carta es un modelo de candor y de ingenuidad. Vale la pena transcribirla:

“...Yo no tengo otras riquezas que un corazón sensible y agradecido, y esto que poseo, esto pongo en manos de mi benefactor...”.

“...En compañía de Humboldt y de Bonpland saldría joven americano, capaz de aprovechar las sabias enseñanzas de los científicos. Iría por mares y continentes enterándose de todas las ciencias conocidas. En este paso aprende el cultivo del trigo, más allá el laboreo de la tierra, en otro el arte de perforar las minas, en otros los principios de la astronomía y la botánica. Y pasaría por colegios y bibliotecas guiado por los ilustres maestros. Después de algunos años regresaría a la Nueva Granada a enseñar, a conducir. Benemérito joven que para adelantar tamaña empresa renunciaría a las vanidades y pompas del mundo.....”.

Pero, ¿quién y dónde está ese joven? Después de largos y peregrinos rodeos, Caldas no tiene ningún inconveniente en proponer su candidatura. El es el hombre. La patria lo reclama. No lo mueve la vanidad, ni el deseo de ganancias o prebendas, ni orgullo ninguno. Sólo el servicio a los demás. En este sentido su gesto se debe entender como un sacrificio. Y la carta se va a Santa Fe.

Por aquellos días, el Marqués de Selva Alegre, hombre de distinción y riqueza, lo invita en compañía del Barón y de Monsieur Bonpland, a la Hacienda de Chillos, renombradísima por su riqueza y su belleza. La temporada se prolonga por tres semanas, quizás las más felices que conoce Caldas en su vida. Es una tertulia permanente, en la cual se aprovecha el tiempo para pasar una revista a las ciencias. Todas las ramas del saber humano son sometidas a repaso. El Barón y Monsiur le brindan a Caldas la más cordial acogida. Sin exageración ninguna se

puede decir que le abren el corazón y le entregan cuanto saben y conocen. Se cuenta que el Barón solía terminar con esta frase: “¡Ah! Este monsiur Caldas es un verdadero prodigio...”

En las noches, las estrellas. Por cierto que aquel cielo que cubre la hacienda de Chillos es de maravilla y las estrellas y los astros se muestran con una lucidez arrobadora. En las noches, cuando ya todos descansan, otro sueño: el viaje. Caldas apenas duerme un poco, apenas un poco porque el Castillo del Viaje le roba todo el tiempo.

Aquel día, el 3 de abril de 1802, no lo olvidaría nunca. El correo llegó repleto de cartas. Todas sobre el viaje, y todas favorables. En primer lugar el señor Mutis se manifestaba favorable a la idea y se comprometía a obtener el permiso del virrey y los recursos necesarios. Sus amigos se habían puesto de acuerdo para proporcionarle otros recursos adicionales. Caldas los recompensaría bautizando estrellas desconocidas con sus nombres: Perecia, Torrecia, Pombea. Había cogido el cielo con la mano. Sólo faltaba consultar al Barón que debió recibir carta de Mutis. Resolvió hacerlo esa misma tarde.

Algo ha pasado. En la casa del Barón no contestan a su llamado. Piensa entonces que el Barón se está haciendo negar. Al rato se abre la puerta y aparece el propio Barón. Se muestra huraño, cortante. El Barón de Ibarra y de la hacienda de Chillos ha desaparecido. El Barón no quiere hablar. Encima de su escritorio Caldas ve un sobre abierto: la carta. Caldas apela a Mutis. Sólo así el Barón rompe su silencio:

“...Mi amigo (copio textual la carta de Caldas)... “Yo he mentido a usted; el señor Mutis me habla a la larga del asunto, pero yo he resuelto viajar solo. No quería dar a usted esta pesadumbre...”.

Es una negativa sin apelación. El Barón permanece impasible en la sala. Caldas siente que un hado adverso lo ha precipitado a una abismo, y el peor de los abismos. Entonces se encoleriza y reacciona en forma baja.

Pues desde ese instante, en las cartas a sus amigos, carga contra el Barón, especialmente en carta a Mutis.

Pero no, el Barón no ha incurrido en ninguna falta. La razón de su negativa va por otra parte. Humboldt no se entu-

siasmó con la idea de llevar un ángel en su comitiva. Recuérdese que Caldas confesará después que a los 32 años se conserva virgen, que no pudo entender la juventud del Barón, y así como lo acusa de amistad con jóvenes disolutos que concurrían a casas donde reina el amor impuro. En una carta escribe que el Barón ha confundido a Quito con Babilonia y desliza otras cosas por el estilo.

También existe sobre este punto la tesis de que el Barón era homosexual, y en Quito amó a un adolescente, precisamente con quien viajó a México en lugar de Caldas. Pudo haber sucedido. En todo caso no autorizaba a Caldas a ofender de semejante manera al Barón. Fue un mal momento de Caldas. Esa pureza que era gasmoñería le costó, nada menos, que la oportunidad del viaje. Eso fue todo y demasiado grave para Caldas que aparte de perder una oportunidad que hubiera sido definitiva para su vida, lo muestra mezquino, en deplorable caída de infamia. Y aquí se cierra este capítulo con el Barón, quien siguió en su crucería por el mundo, ahora en la etapa a México.



En medio de todo la reacción de Caldas con el Barón fue inesperada. En horas se puede decir le pasaba la ira y el resentimiento, y se dedicaba con pasión a nuevos y útiles trabajos para la Expedición Botánica. Es un tiempo fecundo en investigaciones y estudios. Escala la mayoría de las alturas y va formando, por decirlo así, una magna carta de alturas. Entre estos viajes debe destacarse la excursión al macizo de Imbaburo, en cuyo cráter estuvo a punto de rodar. Lo salvó el famoso indiecito Chuquín. En su compañía se internó por los pestilentes pantanos de Malmucho, donde contrajo las fiebres terciarias que lo redujeron a cama. Con el indiecito regordeto, Caldas que estaba entonces delgado como un pavilo, semejaban los dos viajeros de la Mancha.

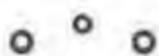
El señor Mutis le hace llegar una espléndida carta. Es una invitación formal para incorporarse a la Expedición Botánica y trasladarse de inmediato a Santa Fe. Era una carta que le hacía olvidar la negativa de Humboldt. De inmediato organizó su viaje al servicio de Mutis. Había estado cuatro años largos en el Ecuador. Había ido a Quito por pocas semanas con el propósito de atender la segunda instancia del negocio de tierras que tanto interesaba a su padre. Por cierto que no le prestó

mayor atención y al final se perdía por una causal que no tiene remedio: por abandono.

El 28 de marzo de 1805 salió de Quito. En forma fugaz pasó por Popayán con el objeto de visitar a su familia, y luego tomó la vía de Guanacas-La Plata. En diciembre del mismo año estaba en las puertas de Santa Fe. Llevaba su aporte a la Expedición, realmente su ofrenda a Mutis. Diez y seis mulas cargadas hasta el tope, según refiere don Lino de Pombo:

“...Consistía este acopio, según don Lino, en un herbario respetable de cinco a seis mil esqueletos de plantas, dos gruesos volúmenes de descripciones, semillas, algunos minerales, materiales para formar cartas geográficas de la mitad del Virreinato, perfiles de los Andes en más de nueve grados de altura, la altura geométrica de las montañas más notables de los Andes: observaciones metereológicas; un volumen de observaciones astronómicas; observaciones magnéticas; animales y aves. No podía pensarse en una colección más rica, en una colaboración más generosa e importante para la Expedición Botánica. El trabajo de cuatro años y el genio de un hombre de excepción.

En los años del terror, cuando los gendarmes del Pacificador don Pablo Morillo y de su segundo el Virrey Juan Sámano, se dedican a cazar a los patriotas, el Observatorio Astronómico que hasta entonces había sido considerado como un lugar sagrado, como un templo, es asaltado por la gendarmería y sus preciosas colecciones regadas por el suelo, la fuerza de los hechos, realmente tal barbarismo, precipita una confusión de trabajos y originales que aún no ha podido ser descifrada. Plantas que pertenecían a Caldas pasan a figurar como si hubieran sido obra de Mutis. Desde luego que Caldas jamás quiso guardar para sí aquello que pertenecía a la Expedición. Nunca. Pero es lo evidente que en Sevilla, lugar a donde fueron a parar los tesoros de la Expedición, los cuales fueron recogidos en montón en el observatorio de Bogotá, los científicos advirtieron la confusión que sería estupendo esclarecer para siempre. Lo piden la gloria de Mutis y la gloria de Caldas. Por fortuna hay varones de gran autoridad para hacer luces sobre este punto. Cito dos nombres: Alvaro Fernández Casas y Jesús Idrobo. De ambos se puede decir sin ninguna ponderación que en estos asuntos de la Expedición Botánica son varones sabios.



Ya en Santa Fe recibe a Caldas con el más grande afecto. No se habían conocido, aunque tuvieron una correspondencia de largos años, la más cordial y cariñosa. Realmente Mutis lo había incorporado a la Expedición y generosamente pagaba sus servicios.

Pero Mutis está ya vencido por la muerte. Esa fue la impresión de Caldas. Mutis era un gigante, pero un gigante que había entrado ya en aquella dolorosa hora en que le cuesta trabajo caminar. Estaba por cumplir 75 años de edad, y como él mismo lo decía, había vivido en un continuo desgaste al servicio de la ciencia.

Pocos días después del encuentro, Mutis lleva a Caldas a la presencia del Virrey. Es un momento de inmensa emoción. Caldas lo narra con estas palabras:

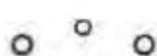
“...Mutis, recobrando aquel severo y el tono majestuoso, le dijo: “He cumplido setenta y cinco años gastados en el progreso de las ciencias, mis fuerzas siento que se debilitan y mis trabajos aumentan... “Este es don Francisco José de Caldas, que tiene Vuestra Excelencia presente y a quien tengo el honor de presentarle... “Yo imploro la protección de su Excelencia para que eleve mis deseos al ilustre ministro de Indias, y que yo muera con el consuelo de dejar a mi Nación un sucesor que sabrá sostener su honor y mi reputación...”.

A la institución de heredero le siguió la entrega del Observatorio, mediante minucioso inventario que levantaron juntos, el señor Mutis y Caldas. Por falta de tiempo, pero tal vez más por el agobio de los años, se había quedado infinidad de elementos que se trajeron de España sin desempacar. Lo mismo ocurría con plantas del herbolario que llegaban con frecuencia de los más distintos sitios del país. Todo el Virreinato quería colaborar en esta obra que la juzgaban útil y apasionante.

El Observatorio fue construido en 1803 por iniciativa del doctor Mutis. Lo forma una hermosa torre que ha sido testigo de hechos notables en la República, como por ejemplo, la prisión del general Tomás Cipriano de Mosquera, cuando fue depuesto del poder. Su arquitectura tiene un sello romántico, y la torre, rodeada de viejos y frondosos árboles, representa uno de los lugares más atractivos de la Santafé. “Yo soy feliz en esta soledad”, le escribe a don Camilo Torres.

Aparte de las flores y las estrellas, se pasa por unos días tensos. Algo se cuaja en el Virreinato. Odios soterrados, luchas de la sangre que se siente oprimida, hilos de infinidad de fuentes que buscan cauce. Es el río de la libertad. No está lejano el día de la lucha, la hora de la revuelta.

La participación de Caldas en la insurgencia fue vigorosa. Nuestros libertadores se debieron comprometer en dos batallas: la luz y las armas. Nariño, Caldas, Zea, Torres, formaron en el primer batallón, en el de las antorchas. Córdova, Sucre, Páez, en el segundo, en el de las armas. Bolívar es el capitán de los dos ejércitos.

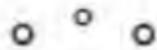


El 3 de enero de 1808 aparece el primer número de "El Semanario del Nuevo Reino de Granada", redactado por un grupo muy distinguido de granadinos. Caldas es la cabeza. Meses antes el cubano Manuel del Socorro Rodríguez, bibliotecario real, había dado a la estampa otra gaceta con el nombre de "El Redactor Americano". El periódico de Caldas circulaba cada ocho días. Sus redactores le aseguraron una difusión por todo el país. Don Lino de Pombo comenta: "En el semanario empezaron a revelarse al mundo la vasta instrucción y la alta inteligencia de Caldas, la sublimidad de su pensamiento, su estilo fluido y, sobre todo, su sed insaciable de bien público".

Por otra parte, el Semanario agrupa a la generación de los inconformes. En este sentido es una hoja rebelde, pero hábilmente disimulada. En 1809 se edita en forma de memorias y de cuadernos mensuales. Todo se lo llevará la revuelta que ya viene por los caminos de la patria.

Caldas publicó en el semanario un estudio sólido, brillante que tuvo entonces gran resonancia por su originalidad. "El influjo del clima sobre los seres organizados". La preparó en largo tiempo, parece que desde su temporada en Quito. Don Lino de Pombo dice que contiene tantos pensamientos como renglones. El ensayo delinea en forma profunda los principios de la antropografía. Primero lo refirió a las plantas; luego a los animales, posteriormente a las razas humanas. Seguramente tenga mayor mérito científico que su fórmula de medir las alturas. Los avances registrados en estas materias, concretamente en

la llamada ciencia de la ecología, muestren la conveniencia de volver sobre la tesis de Caldas. Es bien posible que un estudio a fondo de la teoría de Caldas pondría de manifiesto que el sabio se adelantó largos años a las ciencias. Era lo menos que podía suceder teniendo en cuenta su devoción por la naturaleza.



El hombre que ha dedicado su vida a las estrellas y las alturas, en el acto de amor más apasionado y constante, Francisco José de Caldas, ha decidido casarse. Sigue el ejemplo de su primo y amigo Santiago Arroyo, quien viaja a Popayán a buscar esposa por segunda vez. Caldas le teme a la soledad. Este año ha sido de penas para el sabio. En Popayán muere su padre; y en el mismo Santafé, a la edad de 77 años, fallece el señor Mutis. Sus amigos le aconsejan el matrimonio. Piensan en un Caldas solitario y les causa pesar. Caldas ya tiene 39 años.

Buscaré esposa en Popayán. Ese es Caldas. Prefiere confiarle a sus amigos el escogimiento de esposa que tomarse el trabajo de buscarla y convencerla. Le escribe a Santiago Arroyo y le confía el secreto. Santiago y sus amigos, Popayán entero, reciben con alborozo la noticia. Caldas es un hombre importante y merece contar con una compañía que le haga la vida dulce y agradable. Y entre todos se ponen a buscarle esposa.

Por la calle de la Pamba pasa, emperifollada y garbosa, una niña, María Manuela Barahona. La barra de Caldas, los amigos que se han dedicado a buscarle prometida, la siguen. Alguno comenta: puede ser. Por qué no. Haría una estupenda pareja con Caldas. Por varios días se rumora y discute. Es la niña indicada, no hay dudas. Este es el fallo final de la barra. Y se le avisa a Caldas a Santafé.

Viene una serie de cartas. El novio que entra en acción. Son cartas aromadas de virginidad. Por fortuna se salvaron. Caldas aparece sencillo, simple, peregrino, y entre líneas le hace hondas, conmovedoras confesiones a María Manuela. A nadie antes ha querido, en nadie había pensado. Llegará al matrimonio limpio y puro de pensamientos que puedan considerar torcidos, impúdicos.

Reproduciremos unas pocas. La primera tiene fecha 6 de febrero de 1810:

“... Todo está hecho mi adorada señora. El amor es activo, vuela. Ahora usted podrá fijar el día dichoso”.

Pocos días después, el 20 de febrero: “Su digno tío, mi generoso y fiel amigo, don Agustín Barahona, desenterró para mi felicidad este tesoro escondido; él me avisó que usted era la que más convenía a mi carácter y situación.....”.

Y en la misma carta estas líneas inefables: “... Cuantos suspiros ha arrancado usted a mi pecho que no ha amado sino a doña María Manuela Barahona. No he tenido que derribar ídolos para colocar a usted. Usted es la primera que posee mi corazón..... Mi señora, mi amor no es esa llama que ciega, que embrutece; es un fuego sagrado, tranquilo, puro, casto, luminoso, que dilata el corazón sin oprimirlo. Este es el que profeso a usted a muchos meses”.

Se debe confesar que nuestro tímido sabio resultó volcánico para el amor. Por si fuera poco, a la anterior carta le agregó esta posdata: “.....sólo poseo de usted una carta y una firma que beso con frecuencia. Arranque usted de su cabeza cuatro pelos y en una carta remítamelos”.

Y cuando recibe un retrato de la amada: “.....He visto ya el retrato de usted. Esa ceja, ese entrecejo, esos ojos, esa boca, ese lunar han tocado de tal modo mi corazón que deliro por mi bella Manuelita”...

En mayo de ese mismo año los padrinos señalan la fecha de la boda. Caldas le confiere poder a su íntimo amigo Antonio Arboleda. Tan pronto como tiene noticias de que el matrimonio se ha celebrado, principia la nueva y vehemente serie de cartas. En una de ellas le dice:

“.....Tu sales el viernes sin falta. Yo saldré a encontrarte ese mismo día, y te hallaré en el monte. Allí pasaremos la noche y el sábado entraremos a esta casita que te espera con alegría”.

20 de julio de 1810 — Ninguna señal en los cielos presagiaba los importantísimos acontecimientos que ocurrirían aquella mañana en la Plaza Mayor de Santafé. Era un día viernes, día de mercado. A las siete de la mañana la plaza ya está llena de paisanos con gruesos bayetones, criadas repletas de canastos, petaquilleros que montan tiendas de zarzas y géneros, sin que falte uno que otro cachaco de poncho que se acerca a vigilar algún negocio o por simple curiosidad para enterarse del precio de los víveres.

En la esquina norte, hacia el oriente, hay una pequeña tienda con una estampa muy santafereña. Tiene una sola puerta hacia la carrera, y el mostrador se puede ver un chapetón, el dueño, repleto de carnes y mal encarado. Parece que la víspera, en la noche, se reunieron algunos criollos en el Observatorio Astronómico con el objeto de cambiar ideas y convenir algunos proyectos. La insurgencia es una fruta madura pronta a caer. En la casa del Virrey y en los edificios públicos, los gendarmes montan guardia con los ojos sobresaltados. En la Catedral y en las iglesias, los clérigos rezan con especial devoción. No hay en toda la ciudad quien no presienta algo y algo grave.

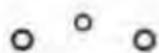
El día apenas comienza, y en la tienda de la esquina se prende el vocerío. Las pesadas torres de la Catedral que están al frente, le hacen eco a los vivas y los abajos que se escuchan. Hay puños en la tienda, bofetones e insultos. Nada tan contagioso como la ira cuando está empozada en el corazón del pueblo. La gresca de los hermanos Morales, los puños con el chapetón Llorente se convierten en un reguero de pólvora que pronto mueve a toda la plaza. Las gentes se arremolinan en la puerta de la tienda. En instantes la plaza se convierte en un inmenso griterío. Es la cólera represada que se abre camino; y de pronto se sube a las torres y desata la lengua de bronce de las campanas. Es la revuelta. Es el 20 de julio de 1810, el primero de la libertad.

Un hombre alto, fuerte, de robustos brazos y una garganta como si fuera de metal, se apodera de uno de los balcones del Cabildo que asoma sobre la plaza. "...En estos momentos de efervescencia y calor..." ruge en la tribuna. Es Acevedo y Gómez, el tribuno del 20 de julio. En los barrios surge otro tribuno, el prócer Carbonell. Es más exaltado que Acevedo y Gómez. Pero de ambos por igual es el mérito de aquel día.

Comienza a crujir, a cimbrarse el imperio. Los acontecimientos se suceden con una prisa increíble. Parece que los bofetones a Llorente, que fueron la chispa de la asonada, se planearon previamente en el Observatorio Astronómico.

Y a esta hora, ¿en dónde andaba Manuelita? La revuelta interrumpió en La Plata su viaje a Santafé. Pasaron días y semanas y al fin pudo continuarlo. El día señalado para el encuentro, el novio, Caldas, no pudo salir debido a sus compromisos con el Semanario que la nueva Junta de Gobierno

adoptó como la hoja oficial. La dirección le fue entregada a Caldas y a Joaquín Camacho. El primero, Caldas, la ponderación. Camacho, agresivo. Por supuesto que no podía estar mejor la mezcla de la calma y la borrasca para la revuelta. El periódico salía de contribuciones, no obstante que la Junta le destinó una partida fija. Sólo que la República estaba en la más absoluta inopia. Al final quedó una deuda que el Congreso de Cúcuta, en el año de 1821, tuvo que condonar en favor de las viudas de los redactores, la mayoría de los cuales fueron pasados por las armas en los días del terror. Hasta el 20 de julio de 1820 vivió atado y fue cautivo de la naturaleza. De esa fecha en adelante se pertenecería a la patria, más claro a la revuelta que condujo a su libertad.



¿Qué maldición ha caído sobre los granadinos? Aún queda en las campanas el eco del 20 de julio y aún no se ha consolidado la primera victoria. Todo ha sido tan fácil. Basta que una voz ardiente se levante en la plaza pública, recuerde la opresión de siglos y hable de los goces de la libertad para que los pueblos la proclamen, depongan las autoridades locales y los granadinos consideren que han ganado la batalla. A Bolívar se le atribuye un pensamiento que bien se puede aplicar a nuestros remotísimos abuelos: "...El bien como la luz ciega cuando es súbita y excesiva...".

A los pocos días del 20 de julio comenzaban a discrepar los jefes de la revuelta. Primero el agravio consignado en la hoja volante; luego los borrascosos debates en asambleas y después, pero un después muy breve, las armas.

Se quiere una constitución, una fórmula de gobierno milagrosa. Se pide imposibles. Nuestros jefes, la mayoría de los cuales procede de las universidades y tiene una formación sólida, busca en las leyes que rigen a otros pueblos los modelos para la Nueva Granada, y cada bando se adueña de una fórmula y la anuncia y la defiende con toda el alma, realmente con los puños que fue lo más grave. Estados Unidos, Inglaterra, Francia, son los países que están a la moda, en el sentido de que sus leyes y principios son los más consultados por los criollos.

Pronto se forman dos bandos: los centralistas con don Antonio Nariño a la cabeza, y los federalistas con don Camilo

Torres. Son intransigentes y, por desdicha, camorristas hasta el extremo de estar dispuestos a lanzarse a las armas, como por desgracia ocurre.

Nariño se queda en Bogotá. Torres se atrinchera en la Villa de Leiva. La pugna enfrentará a las ciudades, enfrentará a las regiones, y la patria entera queda al descubierto ante las tropas del rey que aún no se ha manifestado en su violencia. No le necesitan, pues ya están ganando la mejor de las batallas con el enfrentamiento de los criollos. Don Antonio Nariño, Presidente de Cundinamarca, enjuicia la situación con estos términos: "Más parece nuestra revolución un pleito sobre tierras, que una transformación política para recuperar la verdad...". Es un párrafo de la Bagatela, su famoso periódico, escrito hacia 1811. Don Antonio, encendió demasiadas velas en este entierro. Nadie le quita ni mengua su gloria. La vida más sacrificada y perseguida. El habitante de las cárceles más tenebrosas. Todo y más se le puede y se le debe abonar a su grandeza. Lo cual no le borra tampoco sus innecesarios aportes a la llamada Patria Boba.

Antonio Baraya es el primero de los granadinos que sale en campaña. Es un soldado duro y audaz para la lucha, la mejor espada de los primeros días de la República. Nariño lo compromete en su bando y le asigna la tarea de reducir a Tunja. Acepta y en pocos días se moviliza. Pero Tunja no cede. Baraya se retira a esperar a Sogamoso. Ocurre lo inesperado. El bravo capitán Baraya se aparta de Nariño. No puede con su fobia centralista. Lo siguen otros soldados y entre ellos uno muy joven, quizás el más joven de todos, pues acaba de dejar los claustros universitarios. Es Francisco de Paula Santander.

Los hechos se suceden rápidamente. Hay un endemoniado furor por atacarse y destruirse. Nariño resuelve avanzar hacia Tunja. La salida de Santafé es arrogante y bulliciosa. Llevaba ochocientos hombres.

En Ventaquemada sufre un sorpresivo revés. La derrota. Los ochocientos hombres se reducen a quinientos. El brigadier Antonio Baraya se crece en petulancia y conmina a los santafereños a entregar la capital. Nariño trata de cubrirla para defenderla. Baraya logra llegar hasta Fontibón. Otro soldado muy joven, Atanasio Girardot, se toma el cerro de Monserrate, siguiendo instrucciones de Baraya. Bogotá está sitiada.

Nariño apela a los favores del cielo. Decide designar a la Imagen del Nazareno que se venera en el templo de San Agustín, Generalísimo de los Ejércitos. En ceremonia especial le impone una cinta en el pecho y luego la pasea por la ciudad, por los barrios donde se pelea con Baraya. Esta imagen aún se conserva en el mismo templo con la escarapela que le impuso Nariño. Pasaron los días, y cuando Nariño ataca la ciudad de Pasto, será la imagen de Santiago la que salga en procesión a defender la ciudad. Se recuerda que ya en los propios Ejidos Nariño perdía la batalla.

Baraya ataca con toda su gente, mientras Nariño se defiende en los tapiales de Santafé. La batalla se prolonga largas horas y al final Baraya se da por vencido y huye con su gente. Entre estos fugitivos va Francisco José de Caldas que ahora tiene el título de Capitán de Ingenieros Cosmógrafos del Ejército Libertador.

Nariño y Caldas buenos amigos en otros tiempos, rompen amistad. Es otro de los frutos del enfrentamiento de las dos filosofías, el centralismo y el federalismo.

Caldas se queja de que Nariño lo persigue, y lo más grave persigue a Manuelita, a su esposa. En junio de 1812 le escribe desde Tunja: "...No dudo que el tirano (Nariño) te oprima porque eres la esposa de un hombre que ama la libertad; pero no temas que pronto serás libre. Cuídame a mi Liborito (el hijo). Si es preciso esconderte, escóndete, lo mismo que mis papeles y libros. Adiós, valor, adiós. Tu...".

Y en otra escrita desde San Gil: "...Nariño y Carbonell a vengarse de mí con bajeza y crueldad; ellos quieren apoderarse de mi imprenta y mis bienes... Barona me dijo que habían embargado mis libros...".

A estos fondos mezquinos y miserables llegó la Patria Boba. En una última carta le dice: "Aquí (Tunja) he sabido que Nariño te ha retenido en calidad de rehén...". Sería capaz Nariño de semejante infamia? Los hombres están ciegos por el odio. Pobre patria que aún no ha cumplido la edad de una mañana.

No habíamos dicho que Caldas logró huír hacia Ibagué para salvar el pellejo. Varias veces pensó regresar a Santafé disfrazado de campesino o pordiosero. Pero abandonó la idea

por peligrosa. Mejor aguardar algunos días en espera de que se abriera de nuevo la paz para volver a los brazos de Manuelita y de su pequeño hijo, de Liborito, y de sus libros. Pero la paz tardaba. Entonces buscó la provincia de Cartago, subiendo por el Quindío. Era un solitario, un fugitivo y nada más. Siguió el camino sin fin de los desterrados, llegó a la provincia de Antioquia.

En Antioquia, Caldas encontró paz y cordura. La Patria Boba no prendió en la montaña. Sus gentes deseaban la libertad, y la deseaban ardientemente, pero no incurrieron en la insigne tontería de dejarse arrastrar por las pugnas de partido, por el morbo del centralismo y el federalismo. Bien por el contrario, todo el mundo se preparaba para la guerra. Fortificaba las ciudades, arreglaba los caminos, tendía los puentes que hacían falta para el tránsito de los batallones y, sobre todo, se daba instrucción a los reclutas y voluntarios.

Un hombre joven, enérgico e inteligentísimo, el abogado momposino Juan del Corral, había sido nombrado capitán con el título de dictador. Con una actividad extraordinaria atendía todos los frentes y mantenía la concordia en el pueblo, realizaba un gobierno modelo. Cuando llamaron a elecciones para ratificar o improbar su mandato, lo confirmaron en el mando por la más clamorosa unanimidad. Don Juan se convertía en un modelo, en una lección para las otras comarcas granadinas.

Concedor de los talentos de Caldas le confió la organización de una fábrica de armas, fusiles y municiones. La montó en Rionegro y tuvo que hacer verdaderos milagros para cumplir los deseos del señor del Corral. No había elementos, no había experiencia, y todo tenía que ser improvisado. Por fortuna a Caldas le sobraba la imaginación.

Al fin el parte triunfal. La fábrica podía producir dos fusiles diarios para la revolución. Era muy poco, pero un verdadero milagro. Las cosas de la vida. La suerte de los combates confiada al ingenio de un hombre, Caldas, que se había pasado la vida clasificando flores y descubriendo estrellas en el profundo cielo. Así fue nuestra revolución; partió de cero. De la nada.

No fue su única obra en Antioquia. Tan importante y quizás más importante que la instalación de la fábrica de armas y municiones fue la fundación de la Escuela de Ingenieros Militares.

Ciencia y patriotismo fueron el lema de la Academia. En un célebre discurso, Caldas proclamó una tesis que sigue repitiendo año tras año: "el buen soldado comienza en el buen ciudadano". La Academia tiene un pénsum que Caldas elaboró con sumo cuidado, dándose cuenta de la altísima responsabilidad que asumirían sus discípulos cuando fueran llamados al servicio. En sus manos, en su lucidez y su conciencia descansaría la tranquilidad y la seguridad de la Patria.

Don Juan del Corral muere a la temprana edad de treinta y tres años. A esa breve edad su nombre quedaba inscrito en la lista de los grandes colombianos, ciertamente de los grandes americanos. Pocos, muy pocos hombres de nuestro continente realizaron con tanta energía y con manos tan limpias obra parecida a la suya.

Mientras en Antioquia Francisco José de Caldas fabrica pertrechos y enseña la ciencia de la guerra, ¿qué ocurre en el resto del Virreinato? Es un repaso de la historia que se hace indispensable, pero que es profundamente cruel. En la mitad de las provincias, en Popayán, en Santa Marta, en Cartagena, en Panamá, en Riohacha, dominan los españoles. En el centro del país, en Tunja y Cundinamarca, se mantiene la Patria Boba. En Antioquia, se trabaja juiciosamente por la libertad. Esta es, a grandes rasgos, la hora trágica, la hora sombría de la Patria.

En estos desconsuelos aparece en Cartagena un hombre providencial. Viene de Venezuela de ganar y perder batallas. Simón Bolívar. Es el genio de la guerra. El hombre que necesitaba América. En Cartagena encuentra grandes amigos, y pronto se le entrega el mando de tropas con las cuales limpiará el río Magdalena, con rápidos, fulminantes y fulgurantes ataques. Se mueve con la rapidez de un felino. Es temerario, es astuto y parece que adivinara los movimientos del adversario.

La llegada de Bolívar y la serie de éxitos de sus primeras campañas reconcilian a los granadinos. Declina como por arte de magia las disputas que caracterizaron la Patria Boba. Es un hecho que traerá indudables beneficios a la causa de la libertad. Caldas que estaba en Antioquia es llamado a Santafé por sus antiguos adversarios. No vacila un instante en responder la llamada y en presentarse en Santafé. Se le confía la elaboración de un mapa de la Nueva Granada atemperado a los requeri-

mientos de la Independencia. Cuando sea necesario para que los ejércitos puedan moverse en busca de la victoria. Es necesarísimo, y Caldas le dedica todo su talento.

También funda la Escuela Militar. Es otra de sus grandes obras, de sus grandes aportes a la causa de la Patria. Como en la Academia de Ingenieros Militares, en esta escuela, la primera en Colombia, además del estudio de las ciencias pertinentes al arte de la guerra, impone reglas de alta moral para los soldados de la Patria. Portar una espada en nombre de la República es un acto sagrado.

Estos años se cierran con la derrota de don Antonio Nariño en Pasto. Salió de Santafé con un lucido ejército y venció en La Plata, luego en el Alto Palacé, después en el llano de Calibío, y obliga a huír al Virrey Sámano hacia el sur. La victoria de Calibío espléndida, rotunda. Hizo pensar en la libertad. Descansó con sus tropas unos días en Popayán, y siguió hacia Pasto, en persecución de Sámano. El paso del río Juanambú fue una hazaña. Con refo tuvieron que subir los cañones al otro lado del río. Sámano se repliega hacia Pasto. Nariño lo sigue, y ya en los propios ejidos de la ciudad será estrepitosamente derrotado. Es hecho prisionero y estuvo a punto de ser fusilado. Será llevado prisionero a España, navegando por el extremo sur del continente. En la cárcel de la Carraca, en Cádiz, pasará cuatro años. Nadie como don Antonio Nariño que padeciera tanto por la Patria. De todos los héroes colombianos es el más hermoso porque es el más desdichado.



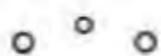
A principios de 1815, del puerto de Cádiz zarpa hacia Venezuela una poderosa escuadra española. Solo la supera en poderío la Invencible Armada. Más de un centenar de navíos erizados de cañones, once mil soldados. Los regimientos de Venezuela y la Nueva Granada sumados no llegan a la mitad. Su jefe es un soldado que participó en las guerras napoleónicas, Pablo Morillo, a quien se le dió el título de Pacificador.

En Venezuela el Pacificador barrió con todo amago de resistencia. Su mira era el puerto de Cartagena, defendido por formidables murallas. Dividió las tropas para más seguridad; la mitad por mar, la mitad por tierra. Desde el principio pensó en rendirla por hambre. Incendió las aldeas y pueblecitos que

le suministraban víveres, y cerró las entradas por mar. Pronto se desataron las pestes. La sed, y la sed a la orilla del mar, fue otro de sus terribles castigos. Durante 106 días mantuvo el sitio. El patricio Rodríguez Torices propuso correr la misma suerte de Numancia; abrir las puertas de la ciudad cuando la estuviera devorando el fuego. A lo último ya no había hombres sino sombras. Una ciudad herida, desgarrada. Ya no tenía ni cómo pelear ni cómo resistir. Fue el episodio más heroico de las guerras de la Independencia. El sitio de Cartagena que no se borrará nunca de la memoria de la Patria.

El sitio de Cartagena tuvo el efecto de un campanazo de terror. Todos pensaron en salvar el pellejo. No había ejércitos, ni ánimos para organizar la resistencia; y todas las ciudades por donde pasaban las tropas del Pacificador, el espectro de los cadáveres colgados a la entrada de las villas.

El mismo Bolívar tuvo que huír hacia Jamaica. Pero volvería; y volvería a vencer.



Había llegado la hora terrible de la desbandada. Se pensaba en los sitios más extraños y lejanos; en los Llanos Orientales, en el Amazonas. En fin, donde fuera posible esconderse. Segundo, de Morillo era don Pascual Enrile, un hombre cruel, mejor una bestia que se alimentaba de sangre humana. Sus primeros actos de gobierno en Santafé fueron monstruosos; el patíbulo como única fórmula de pacificación.

Caldas y otros amigos tenían pensado escapar por el puerto de Buenaventura. Al efecto había logrado algunos contactos con el capitán de una nave que permanecía anclada en el puerto, esperando a los fugitivos.

Pero en último momento y por razones que no se han aclarado lo suficiente, el capitán falló y la nave prosiguió su camino sin los fugitivos.

Entonces surge la idea del Amazonas. Caldas viajaría a su antigua finca en Paispamba, y luego al Caquetá, camino de la selva amazónica.

En Paispamba permanece ocho días que los dedica al recuerdo, a recorrer los lugares que tanto contaron en su infancia.

En Paispamba estaba hasta hace poco tiempo la piedra del molino de su invención. Una piedra enorme que luego fue trasladada a la Universidad del Cauca.

Paispamba está en la Cordillera Central, encima de Popayán, sus alturas y cumbres le sirvieron a Caldas para probar su fórmula de medir las alturas. Esos suelos son gratos para el trigo y los cultivos propios de las tierras frías. Su paisaje es acogedor, y para Caldas estaba cargado de recuerdos, la infancia y el principio de la juventud. El regreso, no obstante la circunstancia tan dolorosa, lo hicieron feliz. Solo que le faltaba Manuelita, y le faltaban los dos hijos que habían nacido en los primeros años de matrimonio, Liborito y Juliana. Caldas confesaba siempre que se sostenía y vivía por el amor de Manuelita. Era una pasión total, clara y transparente. Pura.

Los gendarmes del rey al mando del patiano Simón Muñoz, forzaron la puerta de su alcoba a media noche y lo tomaron prisionero. De inmediato Simón Muñoz ordena que le aten una soga al cuello y en pareja con Francisco Antonio Ulloa, otros de los refugiados en la finca, emprenden el camino hacia el norte por atajos y desconocidos caminos. Nadie responde a sus preguntas, ni nadie de la tropa le habla una sola palabra. El patiano lo conocía y conocía a su familia, dueña de tierras en el Valle del Patía. El patiano lo observa de pies a cabeza, y bien adelante en el camino lo separa del grupo y le ofrece libertarlo. Caldas escucha conmovido al patiano, pero pone la condición de que suelte a sus compañeros. El patiano no acepta y los prisioneros continúan la penosa marcha. Por fin aparece Santafé en la lejanía. En la entrada de la ciudad redoblan la guardia.

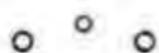
Los prisioneros fueron llevados al Colegio del Rosario, el cual había sido habilitado por cárcel. Se distribuyen por celdas, y cada prisionero es vigilado por un guardián de vista. Solo esperan el patíbulo. Caldas lo sabe y se apresura a escribir una carta infortunada, la carta a Enrile, el segundo de don Pablo Morillo.

Esta carta estuvo por muchos años refundida en los Archivos de la Metrópoli. La encontró el arzobispo González Suárez, gran admirador de Caldas, y la entregó por partes a la publicidad. En 1910 don Lino de Pombo la entregó completa.

Es un documento que disminuye la gloria de Caldas, pues ciertamente no se explica que un hombre de tan alta moral hubiera llegado a los extremos de infelicidad que alcanzó en la carta, especialmente en los primeros párrafos, al renegar de toda, de íntegra su participación en la revuelta. Solo la explica el miedo.

Por causa de la misma revuelta, la Expedición Botánica, la obra que más amaba España, quedó abandonada. Sus colecciones que tanta paciencia y tanto trabajo costaron, permanecían tiradas en el Observatorio Astronómico. Además, había infinidad de planchas clasificadas a medias porque carecían de explicación y leyenda. El único ser que conocía todos estos vacíos y sería capaz de completar la obra magna de Mutis, era Francisco José de Caldas. Pero su vida estaba en vísperas de ser sometida a juicio. Entonces escribe la carta a Enrile. Es la única explicación que tiene esta misiva, que hace tambalear la gloria de Caldas.

Por fortuna la carta a Enrile no es su único haber en la historia. Está su vida, su obra de científico, de investigador, sus estudios, sus descubrimientos. Su aporte a la seguridad del país en obras tan extraordinarias como la fundación de la Academia de Ingenieros Militares y luego de la Escuela Militar. Las cartas y mapas que elaboró a lo largo de su vida. ¿Qué más se le pide? Sí, Caldas pertenece a la inmortalidad. Otra afirmación en contrario es falsa y, sobre todo, mezquina.



La carta a Enrile no es la única que le trae una sombra a Caldas. Hay otra más dolorosa aún. Más desgarradora si se quiere, que no se debió publicar nunca porque pertenece a sus fueros internos. No hemos entendido nunca por qué con esta carta, la carta a Manuelita, se quiera desollar a Caldas.

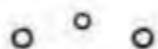
La escribe en la Mesa. En esos días Caldas es un hombre que camina hacia el cadalso. Antes de transcribir dos párrafos, los más concretos de todos, se debe recordar que para todo tuvo sabiduría, simple malicia, menos para el amor. Fue un niño, y un niño caprichoso.

“...Teme a Dios: Guarda sus santos mandamientos; seme fiel a los juramentos que nos prestamos delante de los altares el día de nuestro matrimonio: la fidelidad conyugal es la pri-

mera virtud de los esposos... Por lo que mira a mi, te he sido escrupulosamente fiel, y desde el momento que te recibí como esposa todas las mujeres me han sido indiferentes. No solo he procurado ser fiel a mi mujer, sino también quitarle todo motivo de la más ligera inquietud o de la sospecha más ligera...”.

“...En esto tú no has sido muy prudente, y tu conducta en mi ausencia no deja de darme motivos de inquietud, que han amargado mi corazón delicado y sensible. En verdad que no te condeno y si ahora te hablo con esta claridad es para hacerte más prudente y más celosa de tu buena reputación. Te hablo más claro: yo no puedo sufrir la amistad de mozos que aún han probado su conducta; y esas visitas de confianza en los últimos rincones me son abominables...”.

Como posdata de esta carta escribe un párrafo muy de Caldas: “...He presentado al amigo Ordóñez las gallinas de guinea para que se propaguen en Popayán: si van por ellas en su nombre las entregaras...”.



Habíamos dejado a Caldas en la celda prisión del Colegio del Rosario. Se le informa que debe prepararse para el juicio. Caldas sabe que se trata de una comedia; y es una comedia sin ningún interés, el capítulo de una rutina que se repite todos los días, en la serie de juicio de la época del terror.

La audiencia transcurrió tal como lo había pensado Caldas; como la pieza de una comedia. Nada valió, ni nada valdría en defensa de Caldas. El patíbulo sería el final. Y no demoraría en llegar. Era necesario despejar el campo para nuevos acusados.

Seguía el capítulo de la confesión. El sacerdote le visitó en la celda del Rosario. Lo recibió de rodillas. Se oían los pasos del centinela de vista armado con bayoneta, y desde el patio subía el rumor de los soldados que cumplían infinidad de órdenes.

Cuando el sacerdote le puso la mano en la cabeza para indicarle que la confesión había terminado, Caldas el débil se levantó con el aire de un hombre justo y fuerte. En el fondo de su corazón había perdonado a sus enemigos. Y quizás en esta hora suprema solo tenía pensamiento para Manuelita y sus pequeños hijos.

En la madrugada del día siguiente se presentó el notario comisionado para recibirle el testamento. Una sola página fue suficiente para su última declaración. En la notaría primera de Bogotá se guarda el testamento que a la letra dice:

“...En la ciudad de Santafé, a veinticinco de octubre de mil ochocientos diez y seis, el doctor Francisco Caldas, habiendo obtenido permiso para poder hacer algunas declaraciones correspondientes al descargo de su conciencia, me hizo comparecer para este efecto de orden del señor don Melchor Castaños, y en presencia del Oficial de Guardia expuso ser católico, apostólico, casado y no velado con doña María Manuela Barahona, de cuyo matrimonio han tenido y procreado por sus hijos legítimos a Liborio, Ignacia, Juliana y Ana María de los cuales dos han muerto en su juventud y dos viven.

Declara que cuando contrajo dicho matrimonio recibió en parte del haber de su legítima esposa una negrita esclava con otras frioleras de uso y de poco valor. Con lo que y no teniendo otras cosas de que poder declarar para descargo de su conciencia, pues aunque debe algunas cantidades no tiene con qué satisfacerlas, y solo si pide perdón a los acreedores, se concluyó esta diligencia que firma con el señor Oficial de Guardia, por ante mi, de que doy fe. Antonio Hidalgo, Francisco Caldas, Eugenio de Elorga.

o ° o

Diez soldados y un capitán lo condujeron de la prisión al sitio que había sido señalado para la ejecución. Al bajar por las escaleras del Colegio del Rosario, sobre un muro del descanso, escribió con un carbón una O alargada, el signo de la muerte entre los griegos. Este signo después sería interpretado poéticamente: ¡Oh larga y negra partida!

Ya en la plaza de San Francisco, junto a los muros del templo, un soldado le ató las manos y le puso una venda sobre los ojos. En esos momentos, los últimos de su vida, miraba despuntar la aurora sobre los cerros de Monserrate.

Después, un redoble de tambores, y una orden del capitán, una sola palabra, la última que oyó de los hombres de la tierra, la palabra del odio y la destrucción: ¡Fuego!